

«La política no sirve para lograr la reconciliación»

En un momento en el que uno de los principales focos del debate político en Euskadi recae en asuntos como la «reconciliación, el perdón y el relato» de lo ocurrido después de décadas de terrorismo, la experiencia de Juan Ramón y Joserra resulta «particularmente significativa». El pastor de la iglesia evangélica del barrio donostiarra de Amara, Jaime Ardiaca, asegura que la política es «infinitamente» más débil que el «amor a Dios y el respeto al prójimo» cuando se trata de construir los cimientos de la convivencia. Una labor que, según explica, se ha realizado en silencio durante los últimos 20 años en su iglesia, centrada en «expandir los valores del Evangelio».

Cuando se pregunta a Joserra y a Juan Ramón si se consideran un ejemplo a seguir en la sociedad, ambos afirman que su relación se forjó con «naturalidad», con base a sus convicciones religiosas y la química personal. «Cuando pienso en Joserra, más allá de su pasado, me quedo con su valentía y, sobre todo, con su gran entrega y voluntad de ayudar a los demás. No me importa tanto si somos un ejemplo, como sus valores personales», explica el miembro del instituto armado

co, «sin saber muy bien a dónde iba», porque quería hacer méritos para poder ser destinado de nuevo en su tierra de origen.

Llegó a San Sebastián en 1981, sin hacer mucho caso a las advertencias de familiares y amigos, que le decían que se iba «a la guerra». En principio, planeaba cumplir los 30 meses reglamentarios en el cuartel de Intxaurrondo para poder regresar con los suyos. Pero, al final, se quedó 25 años, enamorado de la «nobleza» y la «belleza» de una tierra en la que ha criado a sus dos hijos.

Eran los ‘años de plomo’. Juan Ramón tuvo que asistir a «incontables entierros» en los que no podía evitar sentimientos de «rabia» y «tristeza». Recuerda con especial dolor el asesinato de su amigo Alfonso Morcillo, el sargento de la Policía Municipal de San Sebastián al que ETA arrebató la vida de un disparo en la cabeza en 1995. «Pensaba en lo deteriorado que estaba el corazón del ser humano. Creo que si no hubiese sido por Dios habría reaccionado con odio y buscando venganza, como lo hicieron otros. Yo cumplía con mi obligación, pero sobre todo trataba de ser un buen cristiano», asegura.

De profundas convicciones religiosas, Juan Ramón empezó a buscar evangélicos con los que poder entablar relaciones al poco de llegar a San Sebastián. En aquella época, la amenaza de la banda te-

rrorista convertía en poco común que un guardia civil tratase de establecer círculos de amistad más allá de los muros de la casa cuartel, donde existía además una gran rotación de agentes. En la propia iglesia le pedían que tuviese mucho cuidado y que tratase de cambiar sus itinerarios cuando acudía los domingos al centro de Amara. «Tomaba mis precauciones. Pero no estaba todo el día dando vueltas a la idea de que podía pasarme algo. Además, aunque a veces tenía miedo, pensaba que no me iba a pasar nada que el Señor no quisiera», asegura.

Fue en ese punto, a finales de la década de los 80, cuando Juan Ramón y Joserra se conocieron. «Al principio, yo no sabía nada de su pasado. Después, me acerqué a él con la curiosidad de conocer a alguien que había estado involucrado en movimientos violentos, pero a sabiendas de que no podría ser amigo de alguien que jalease los asesinatos. Sin embargo, todas las personas tienen derecho a rehacer su vida. Y Joserra lo consiguió gracias a Dios», apunta el miembro del instituto armado.

Su amistad se fue forjando a base de cafés y de compartir actividades de la iglesia. Los dos coinciden en que su relación ha estado marcada siempre por el «respeto» y recalcan que su pasado y su ideología –Joserra sigue siendo «independentista y antimonárquico»– «jamás» se ha interpuesto entre ellos. De hecho, sigue siendo un tema que tocan muy poco en sus conversaciones. «Alguna vez, Joserra bromeaba diciéndome ‘yo que siempre he odiado a la Policía y ahora soy amigo tuyo’. A veces, además de contarme algún chiste sobre la Guardia Civil, también me soltaba algún ‘gora Euskadi’. Yo le respondía ‘viva el jamón de Guijuelo’, que está al lado de mi pueblo», comenta.

«Me llamaban de todo»

Con el tiempo, Juan Ramón invitó varias veces a su amigo a cenar en su domicilio. Joserra recuerda la cara que pusieron unos agentes cuando le vieron en el bar de Intxaurrondo. «Me tenían fichado y algunos preguntaban enfadados qué hacía conmigo. También es verdad que cuando yo confesé a gente cercana que uno de mis mejores amigos era un guardia civil empezaron a llamarme de todo y tuve bastantes problemas», explica.

Barbadillo volvió a Béjar hace un par de años por motivos personales, pero insiste en que la distancia no romperá sus más de 20 años de amistad. Rodríguez, por su parte, dedica ahora la mayor parte de su tiempo a cuidar de su mujer y de su suegra, que está «muy mayor».



Cientos de personas participaron ayer en la marcha al Santuario de Aranzazu. :: FOTOS: J. M. LÓPEZ

Munilla reclama un final de ETA con «arrepentimiento»

El obispo de San Sebastián considera «más determinante que la entrega de las armas el cambio de corazones»

EL CORREO

SAN SEBASTIÁN. El obispo de San Sebastián, José Ignacio Munilla, hizo ayer un llamamiento a acompañar el final del terrorismo de «actitudes de humildad y de arrepentimiento». «De lo contrario –advirtió– existiría el riesgo de que el cese de la violencia fuera un mero cálculo de conveniencia, y entonces el odio perviviría en la sociedad más allá de este fin de la violencia».

Munilla realizó estas declaraciones en el Santuario de Aranzazu, en el acto de oración que tuvo lugar tras la tradicional marcha, que este año se reunió a miles de personas bajo el lema ‘Busca la Paz y corre tras ella’. El obispo recordó el «largo recorrido en pos de la paz» de la Diócesis donostiarra, así como «la influencia que la oración ha tenido en el final del terrorismo». De este modo, no solo agradeció a la Virgen de Aranzazu «los pasos dados» en este camino, sino que aprovechó para solicitar que «se complete el proceso iniciado, con la entrega de las armas por parte de ETA y con su disolución». «Le pedimos el milagro de la sanación de tantas heridas abiertas por la violencia y el don de la reconciliación en nuestro pueblo, al mismo tiempo que nos comprometemos con esta tarea», aseveró.

Los tres obispos vascos se han implicado en los últimos meses en favorecer un clima que conduzca al final de ETA, con una pastoral conjunta y la celebración de encuentros de oración. Y Munilla

aprovechó la cita de ayer para incidir en este mensaje. Para dar más solemnidad al acto, trasladó la oración posterior al ascenso al interior del templo, a diferencia de años anteriores, cuando tuvo lugar en la explanada exterior.

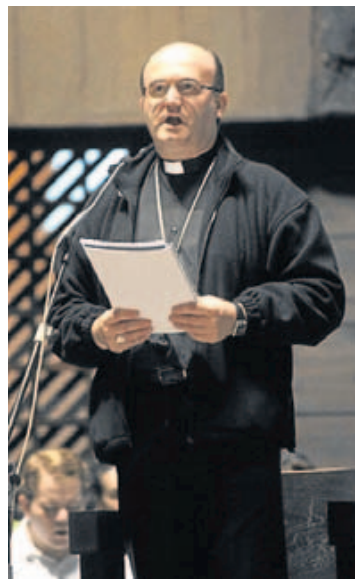
Ante una basílica abarrotada, el obispo donostiarra destacó las expectativas que se han abierto en la Iglesia, y la «esperanza» con la que mira al futuro. En este sentido, se preguntó cuáles deberían ser sus aportaciones en este «nuevo camino». Aseguró que la Iglesia sigue el debate político sobre la pacificación «desde una distancia prudencial, consciente de que no está llamada a entrometerse en el terreno de la legítima pluralidad política». Ahora bien, afirmó que «el reto de la pacificación tiene múltiples dimensiones que conciernen de lleno al mensaje evangélico». «La Iglesia está llamada a predicar el mensaje de Cristo a tiempo y a destiempo, ya resulte políticamente correcto o incorrecto». «¿Hay que

ser cristiano para arrepentirse y pedir perdón? No cabe duda de que en el Evangelio Jesucristo llama a la conversión y al perdón, pero, ¿se trata de un mensaje únicamente para los creyentes?», añadió.

«Buscar la verdad»

El prelado de San Sebastián consideró que el arrepentimiento y la petición de perdón son «valores inherentes a la dignidad humana, y por lo tanto, necesarios para todos los hombres y mujeres, que procuran en su conciencia el discernimiento entre el bien y el mal». No obstante, según remarcó, «el hecho de que tal obviedad sea cuestionada en nuestros días –a veces incluso por personajes destacados de la vida pública– manifiesta claramente que la cultura secularizada tiene serias dificultades a la hora de mantener los valores éticos, cuando da la espalda a su fundamento religioso». Munilla aclaró a este respecto no querer negar la existencia de «una autonomía del orden ético en un estado aconfesional». Pero, según matizó, «el reconocimiento de un orden ético natural, es fundamental para la ordenación de una convivencia regida por el principio del bien común».

Munilla afirmó que el «reconocimiento del daño causado no deja de ser una mera constatación de un hecho histórico», por lo que consideró necesario «dar un paso más». En su opinión, hay algo «mucho más determinante que el cese de las armas» que es «el cambio de los corazones». «Ese es el único camino posible y, además, factible». «Los cristianos estaremos junto a quienes quieran emprender este camino interior de consecuencias tan positivas para toda la sociedad. Como pastor de la Iglesia, estoy a disposición de cada hombre y mujer que quiera buscar la verdad que sana y que reconcilia», concluyó.



El obispo José Ignacio Munilla, en un momento de su homilía.